

CUADERNOS DEL LABERINTO



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

Julián Ibáñez

Gatas salvajes



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

— COLECCIÓN ESTRELLA NEGRA, n.º 9 —

MADRID • MMXV

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento, transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © JULIÁN IBÁÑEZ

De la edición © Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

Idea y dirección: CARLOS AUGUSTO CASAS

Diseño de la colección: Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Ilustración de cubierta basada en Tshirt Designs
Fotografía del autor en solapa © Getafe Negro

Primera edición: Agosto 2015
I.S.B.N: 978-84-944036-3-7
Depósito legal: M-26893-2015
Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

A las chicas no les gustaba la oscuridad y extendían el plástico donde alcanzaba la luz de la farola. Que tenían miedo y que cuando se fundiera la farola no volverían más por allí.

Mediados de agosto. Una de esas noches con una buena luna y unas cuantas estrellas. El calor no había remitido. No soplaba nada de viento. Yo estaba apoyado en el capó del Renault con las manos en los bolsillos. Dos taxis esperaban y otro acababa de llegar. La nueva pareja se demoró un poco y el taxista bajó antes que ellos. La chica era medio negra y no la conocía, porque no las conocía a todas, quizás ellas a mí, sí; tampoco al cliente, un tipo normal con camisa a cuadros de manga corta y vaqueros, que la siguió con las manos en los bolsillos con aspecto de no ir a sacar hasta la mañana siguiente. El tipo se detuvo, iba a hablar pero ella le cerró la boca anticipándose a lo que iba a decir. El taxista se unió a la charla de los otros dos colegas. Salía ruido de fiesta de una radio que habían dejado encendida. Por un instante los tres volvieron la cabeza hacia mí. No iba a ir donde ellos, nunca me habían invitado a hacerlo, algo que me daba igual.

A unos tres o cuatro kilómetros se deslizaban mudas las luces blancas y rojas en la autovía, las blancas se acercaban y las

rojas se disolvían en la oscuridad donde todo el mundo pegaba la oreja a la almohada. Serían como las doce y media. Saqué la cajetilla y encendí un pitillo.

Di una calada. Las ideas dentro de mi cabeza se movían con sigilo. Eché el humo. Mis ideas seguían ahí, perezosas, sin tener adonde ir.

Llegó otra pareja. En un Peugeot gris con el parabrisas con mucho polvo, salvo una especie de rectángulo curvo en la parte del conductor. Me parecía que ella era dominicana y se hacía llamar, o se llamaba de verdad, Flora L'Amour, en francés. Él era un tío cualquiera en manga corta y con el reloj en medio del brazo. Entre semana todos los tíos eran cualquiera, no los viernes y sábados con la nómina en el bolsillo trasero del pantalón.

No se alejaron, el tío le ayudó a extender el plástico como si se acabaran de casar. Ella se echó a reír mostrando una dentadura bastante buena. Se tumbaron, aunque él se demoró un poco. No estaba seguro de que fuera dominicana, pero sí de que se hacía llamar Flora L'Amour, en francés, y tenía que ver con Francia porque hacía gárgaras pronunciando las erres. No hacía mucho que había aparecido en el Bulevar y sólo habíamos intercambiado un par de palabras. Había pocas españolas, los tíos las preferían extranjeras, lo de aquí ya lo tenían en casa, además se imaginaban que andaban de gira por ahí.

Como a unos tres kilómetros se veían las luces ámbar de una estación de cercanías, seis o siete luces; una era más pequeña y estaba separada de las demás, hacia la derecha, además temblaba, se quedaba encendida tres o cuatro segun-

dos y luego se medio apagaba, no quedaba claro si lo que pretendía era encenderse o apagarse.

De pronto la noche se llenó de sirenas. Pero no se veía ningún destello azul en la autovía, ni en ninguna parte. Durante unos segundos subió la intensidad de la alarma, luego fue decreciendo hasta que desapareció del todo.

Unos diez minutos y vi cómo Flora L'Amour recogía el plástico, lo doblaba y lo guardaba en el bolso de paja (el plástico era su herramienta de trabajo: como de un metro cuadrado, y siempre azul oscuro o negro), con el fulano con las manos en los bolsillos y la vista en la nada, desentendiéndose de ella. Regresaron al Peugeot y se largaron.

Bajas y lejanas, aparecieron las luces intermitentes, y mudas también, de un avión, del tamaño de las estrellas, o más pequeñas, se deslizaban hacia el oeste, hacia Portugal y luego América. Me pregunté qué pensaría Flora L'Amour al contemplar, con un mentón lijándole la mejilla, aquellas luces camino de su tierra. El horizonte se las tragó y de nuevo quedaron, imperturbables, la luna y las estrellas.

De hecho tenía poco trabajo, los tíos eran tranquilos padres de familia que querían terminar cuanto antes para regresar a casa a fregar los platos. Las noches del viernes y sábado eran diferentes. Siempre nos tocaba algún gilipollas demasiado cargado y entonces aparecían los problemas, pero siempre eran pequeños problemas, porque los tipos eran pequeños, pequeños en espíritu, en coraje y en cartera.

Apareció un Audi blanco. Aparcó junto a los taxis. La puerta del copiloto se abrió y bajó Ángela. Hoy tocaba top azul

claro con la falda haciendo juego, ceñida y un palmo por encima de las rodillas. El tío bajó también. Era de tamaño amenazador y andaría por la segunda mitad de los cuarenta, con chaqueta y corbata a pesar de que estábamos en agosto, no era frecuente ver por allí a tipos con chaqueta y corbata. Me quede mirándoles dando otra calada.

La mayoría de sus clientes eran fulanos de traje gris y corbata, no sabía si los elegía o si la elegían a ella. El buga era también un modelo por encima de lo normal, un Audi que hacía juego con la chaqueta y la corbata. Aquel tipo bebía, o al menos había bebido, porque se quedó junto al buga como si no supiera dónde se encontraba, luego se cogió del brazo de Ángela y caminaron como dos novios. Cruzaron delante de mí. La sonreí, ella no me devolvió la sonrisa.

Desaparecieron en la oscuridad. Siempre lo hacía, siempre se alejaba de las otras chicas como marcando las distancias, o como si conservara cierto pudor.

Sólo había intercambiado un par de palabras con ella, sobre nada, pero había sido suficiente, el par de cables que unían las dos orillas, las dos primeras piezas de una gran estructura que de momento sólo crecía en mi cabeza.

Era rumana, una rumana corriente, quiero decir que no era gitana. Quizás tenía diecinueve o veinte años. Su cuerpo era delgado, no quiero decir frágil, con caderas de chico que no desentonaban, y me llegaría al hombro; en general estaba bien, sin ningún exceso, el conjunto era lo que mejor vendía. Era guapita, de grandes ojos oscuros, francos y fríos en uno de esos rostros silenciosos que no abundan, con una fina

y alargada mancha escarlata como boca. Con un cuello precioso. Tiraba a melancólica, con ese aire de otro mundo que yo me esforzaba en no confundir con despego. Con aquel cuerpo menudo y aquel par de coletas negras rozándole los hombros, los tíos soñaban que recuperaban el tiempo perdido cuando pedaleaban sin manos.

La vida dura no había aparecido en su rostro, al menos todavía, desgastando pavimento diez horas al día, con frío o calor, al borde de una acera, con lluvia o sin lluvia, utilizando los coches como alcoba, o en El Elefante Blanco añadiendo una cifra pequeña a su libreta de ahorros.

Debía llevar en España como tres o cuatro años porque hablaba el español como cualquiera de nosotros. Todos los rumanos lo hablaban, no sabía cómo lo conseguían. Tampoco comprendía por qué se ganaba la vida en una acera cuando podía aspirar a algo mucho mejor. Me costaba reconocer que algo dulce y melancólico había irrumpido en mi vida.

Una negra, Bemba o Bamba, algo así, se largó con su cliente en uno de los taxis. Llegaron otras dos parejas, en un Seat y un Peugeot. Había movimiento a pesar de que debía de ser martes, a lo mejor era fiesta al día siguiente y yo no me había enterado.

Como unos veinte minutos: estaban tardando demasiado. De pronto me llegó su voz. No gritaba, simplemente hablaba en un tono subido, echándole al tipo algo en cara, sin dejarle intervenir. La escuché durante un par de segundos, luego guardé el mechero y me incorporé. Dos chicas y sus clientes se habían incorporado también, con la cabeza vuelta hacia allí. De

la oscuridad surgió el fulano, con las manos en los bolsillos, caminando normal, como si estuviera paseando. La sombra imprecisa de Ángela apareció detrás de él, ahora callada. No paseaba, se la veía tensa y el rostro se le había llenado de sangre oscura, detrás de su pareja cinco metros delante sin esperarla.

No parecía lo suficientemente importante para que yo interviniera, sólo tenía que hacerlo si ella me lo pedía, era lo que tenía convenido con las chicas, sólo si me lo pedían, era para lo que me encontraba allí y por lo que me metían un par de billetes en el bolsillo, los viernes y sábados y un día entre semana a mi elección. Los hombres del saco les habían echado en cara la inflación y las chicas se veían forzadas a sacarle brillo con el culo a un plástico bajo las estrellas.

Cruzaron a mi lado. Esta vez Ángela no me miró, tenía los ojos ardientes clavados en la espalda del tipo, con una expresión canina, pero era un cólera contenida, como si la batalla fuera a ser larga y estuviera tomándose un respiro. Se detuvieron junto al Audi, el tipo había sacado las llaves y se disponía a abrir la puerta del conductor, ella le estaba diciendo algo, pero en un tono ahora normal, como si no estuvieran discutiendo, sólo hablando. Sin embargo me acerqué a ellos, sólo porque en aquel vertedero estaba catalogado como un tipo duro, y se trataba de Ángela.

—¿Todo bien?

Ángela volvió la cabeza. El tipo no lo hizo, ignorándome, estudiando el mando que tenía en la mano como si de pronto no supiera para qué servía.

—No pasa nada —me respondió mirando de nuevo al tipo. Éste tampoco la miraba a ella, continuaba con el mando.

Me dirigí a él levantando la voz:

—¿Te ha parecido dura la cama?

Continuó sin mirarme, y no estaba disimulando, como si yo no existiera. Las luces del buga parpadearon, se oyó el chasquido de la puerta y el tipo la abrió para meterse dentro.

—¡Eh!

Rodeé el coche. Me estaba adornando demasiado y a Ángela a lo mejor no le gustaba mi sobreactuación.

El tipo se metió en el buga y cerró la puerta. Golpeé el techo con la palma de la mano. El motor ronroneó y arrancó. Hizo la maniobra sin prisa, sin mirarnos, porque sus pensamientos estaban ya en si su costilla le habría dejado la cena junto al microondas, o tal vez en la mesa llena de papeles de la oficina. Enfiló el camino y desapareció.

Había intervenido a destiempo, sin que ella me lo pidiera, para nada, sólo para adornarme, como un chico subiéndose las mangas por encima de los bíceps.

—Te llevo —dije, sujetando las riendas con firmeza.

Me dijo que vivía en Los Negrales, así que nos instalamos en el Renault y enfilamos hacia allí.

Me parecía que el tipo no le había pagado, o había pretendido pagarle con plástico, y ése era el motivo de la pelea, pero no se lo iba a preguntar porque a las chicas no les gustaba quedar mal. De vez en cuando sucedía, había fulanos que simplemente no recordaban que tenían la cartera vacía, otros la habían perdido y otros con los bolsillos llenos preferían

alardear en la barra del bar de que ellos nunca pagaban por ponerse encima de una tía.

Íbamos en silencio. Yo lo prefería. Me conformaba con que me alcanzara el calor de su cuerpo, con oír su respiración algo agitada, como si el fulano acabara de decirle que no pensaba sacar la cartera. Yo era poco hablador y ella no parecía tener ganas de decir nada.

Estábamos por La Rinconada cuando me pareció que el silencio había durado demasiado:

—¿No libras ningún día?

Tardó en responderme.

—Todos los días.

—¿Todos?... ¿Te gusta mirar las estrellas?

—He estudiado mucho para conseguirlo.

No había ningún sarcasmo en su tono, como si me estuviera contestando en serio. Le seguí el juego:

—¿Qué asignaturas? —había evitado cualquier sarcasmo.

No contestó, estaría cansada y no estaba para juegos.

Quizás pensaba que quería darle carrete para que me invitara a subir a su habitación, pero sólo había hablado para romper el hielo, para conocernos mejor, era lo primero que se me había ocurrido. No podía estar enfadada, no podía estarlo conmigo, sucedía que eran otros pensamientos los que ocupaban su cabeza.

Me indicó con la mano un par de calles y no tardamos en detenernos delante de un portal. Abrió el bolso de paja y comenzó a escarbar dentro de él. Sacó la billetera.

—No me debes nada.

—Sí.

—Es mi trabajo. Además no te ha pagado. Tenías que habérmelo dicho.

Me tendió uno de cinco, como si estuviera comprando un billete de metro. Lo rechacé.

—No —procuré que mi voz sonara como un arrullo—: Y otra vez dímelo cuando no te paguen.

—Es tu trabajo —replicó con cierto sarcasmo esta vez, guardando el billete.

Tenía la esperanza de que me invitara a subir, pero no había rechazado el billete por eso.

—Gracias —dijo. Su sonrisa me calentó el cuerpo. Abrió la puerta y salió.

No me había invitado a subir. Tampoco me había besado, algunas chicas lo hacían cuando no podían pagarme, o me invitaban a pegar la oreja a su almohada, ni siquiera me había mirado a los ojos. Otros pensamientos ocupaban su cabeza, o ningún pensamiento. Me quedé mirando cómo abría el portal y desaparecía en la escalera, sin volver la cabeza para comprobar si yo continuaba allí.

Había estado toda la mañana de aquí para allá sin hacer nada importante. Con el billete de las chicas me había llegado para un bocado y para moverme, pero necesitaba uno de veinte para pagar la pensión. Por la noche, a las diez, tendría uno de mis encuentros rutinarios con Azucena que metería otro de veinte en mi bolsillo.

A eso de las seis, cuando creía que iba a volver a casa con los bolsillos vacíos, encontré lo que durante todo el día había estado buscando. Fue en el Menta y Canela. Pegado a la barra estaba Amaro, el chatarrero. Nada más verme me hizo una seña para que me acercara, como si me estuviera esperando. Que si tenía algo que hacer y que no. Salimos del bar y fuimos a la chatarrería.

—¿Vas armado?

Me llamó la atención la naturalidad con la que me lo preguntó, como un chupatintas te pregunta el segundo apellido cuando estás renovando el carnet.

—No.

Abrió el cajón de un mugriento banco de trabajo y sacó una cacharra tamaño grande. Cerró el cajón y me la tendió.

—Toma.

Iba a rechazarla pero advertí que era una cacharra herrumbrosa. La cogí.

—¿Esto dispara?

—No, no está cargada. Tampoco dispararía. Ya no fabrican esas balas.

—¿Para qué sirve entonces?

—Para tenerla. Eres el artillero.

Eché la cacharra al bolsillo con indiferencia. Añadió:

—Sólo por si se complican las cosas.

No sabía de qué iba el trabajo, no me lo había explicado, y no sabía cómo se podía complicar, yo me había limitado a aceptarlo sin hacer preguntas, como hacía siempre.

Fuimos a El Gallinero, un poblado de chabolas. Recorrimos en su Peugeot la calle principal, dando tumbos y sorteando charcos porque a eso de las cuatro había descargado un chaparrón. Delante de las puertas abiertas había niños con el culo al aire jugando con cualquier cosa o no haciendo nada; algunas mujeres se movían de aquí para allá, las faldas de colorines hasta los tobillos hacían sus cuerpos estilizados, quería imaginarme qué había debajo pero con los tumbos del coche no lo conseguía. Eran rumanas, gitanas y quinquis . Me pregunté cómo coño vivirían en su tierra para hacerse cinco mil kilómetros para meterse en un agujero como aquel, a lo mejor viajaban por viajar, para ponerles las diapositivas a los vecinos.

Una mujer cruzó delante del buga sin mirarnos, era guapa, tenía el pelo rubio pajizo recogido en cola de caballo, además de la falda llevaba un niqui de tono malva de la talla

de su hermana menor; enganchó como un paquete a un niño semidesnudo sentado junto a un charco y lo metió en la chabola porque ya había tomado bastante el sol. Ninguna mirada, ni de los niños ni de las mujeres, como si fuéramos el coche fantasma, o como si un Peugeot como aquel cruzara el barrizal cada cinco minutos.

Nos detuvimos delante de la última chabola. Junto a la puerta abierta estaban tres tipos con las manos en los bolsillos y la vista en nuestro buga. Uno era alto, estilizado, con patillas chuleta de cordero, grises, y un bigote denso y completo, también gris; los otros dos rondarían los treinta y sus cabezas muy redondas estaban al rape; eran muy parecidos, aunque no eran gemelos, a cada lado del patriarca eran como su mano derecha e izquierda, pero dos manos inútiles, por su expresión afligida, dos manos de madera, o dos ramas secas. Me acordé de Ángela, pensé si los conocería, pero no todos los rumanos tenían que conocerse, sólo en Madrid debía haber más de diez mil. Tenían pinta de perdedores, se les notaba en cómo vestían, no eran harapos, pero casi, y en su expresión, cualquiera diría que llevaban una semana sin comer.

Bajamos del coche. Amaro intercambió un par de gruñidos con el patriarca y, sin más, todo el grupo nos movimos a la parte de atrás de la chabola, con los dos rapados y el artillero, con la artillería pesándole en el bolsillo, cerrando la fila.

Nuestro destino era un montón de algo cubierto con una lona verde oscuro agujereada. Se nos unieron dos niños como de unos cinco o diez años para ver de qué iba aquello. Yo tampoco lo sabía aunque lo adivinaba. Uno de los rapados cogió la